

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

Historia de la argumentación en la Argentina contemporánea.

Juan Laxagueborde.

Cita:

Juan Laxagueborde (2013). *Historia de la argumentación en la Argentina contemporánea*. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/438>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Historia contemporánea de la argumentación en la Argentina

por Juan Laxagueborde

Hay que tener valor para aceptar que las ideas siempre llegan tarde a las cosas. Escribimos no sólo sobre hechos pasados que juzgamos arbitrariamente, sino que mientras juzgamos hechos pasados estamos en el presente. Hay que tener valor para escribir mientras sabemos que se nos está pasando la vida. Las épocas afloran como tales una vez concluídas. Ciertos textos contribuyen a esa sensación. A la vez que diagnostican y nombran a algo como época, habilitan la firmeza de sabernos en una nueva. Los años noventa son entendidos aquí como lo que viene después de la publicación de un libro. Déjesenos decir esta barbaridad. Porque no sólo empieza una década con un libro sino que terminan otras tres o cuatro a la vez. Un libro no sólo abre una década sino que tiene el tupé de apoltronar otras bajo su dominio. En 1991 se edita *Operación Masotta* y viene a ponerle coto a un modo de regirse en la vida cultural de esta nación. “A los aventureros los acecha el fracaso”. Ya no se podía ser aventurero en la Argentina. Porque de las caminatas ociosas y barbitúricas de los años 50, hasta la escena policial de un Masotta buchón en medio de la nebulosa pos-camporista en los 70, se comprime la biografía del devenir de un hombre (Oscar Masotta) que organizó su vida en espejo a los devenires políticos del país: del sujeto a la estructura. Pues bien, Correas se saltea los 80 porque su biografiado no los vivió y presenta una biografía de una época con la excusa de denunciar (¿denunciar?) una operación, una pantomina, una puesta en escena de los demás para la construcción de lo que fue Masotta o de Masotta como evasor de lo que eran los demás. Para Correas todo estuvo mal planteado. No describir lo imposible de ese personaje cínico y que ese personaje, tal vez por su cinismo, nunca se sintió más que “una jovencita irritada por los argentinos”. Y concluyente advierte que “aceptar y confesar que la verdad está en el materialismo lleva tiempo y adecuadas dosis de coraje y de desprecio a sí mismo”. Hay una idea sublime para pensar el materialismo desde Correas, y la escribe al pasar cuando afirma que “David Viñas metaforizaba con realidad”. Correas se autoerige como una especie de errático massotista sin fama pero al decirlo lo redime, escribe este libro, exorcisa, y nos adentra en un nuevo tiempo.

Se nos propone entonces que sigamos la huella de un materialismo radical que empiece por dudar de uno mismo hasta quedar estupefactos. Son tiempos para la estupefacción que haga terminar y empezar algo a la vez. Así también se puede definir una crisis. Los años noventa se nombran acá como los años en los que el desprecio de lo que se fue (partidario de la lucha armada, teórico del tercermundismo, cantante de protesta, poeta neobarroso, lector de Julio Cortázar, propalador de las bondades de la socialdemocracia) organiza los vectores de lo que se será. Cayeron el muro, Alfonsín y el MTP. Hay recluimiento, aguante, resistencia, confinamiento, errancia. Se cuecen nuevos modos del valor de la argumentación a sabiendas que ni la política, ni la literatura, ni la universidad, ni el sujeto, están de nuestro lado. Valoremos aquí algunas pistas de esas tribulaciones. Una tensión central que se extiende desde aquellos tiempos y que claramente llega hasta hoy es la de la distinción entre argumentación y cinismo. Porque no es lo mismo cinismo que ironía o sentencia. El género de la sentencia es un modo afirmativo de la lengua política y sirve para organizar conflictos públicos en una frase. La sentencia es una bandera, una insignia. Un blasón. Las sentencias sintetizan discusiones históricas. En medio de la desorganización noventista debatieron un día, en el programa *Hora Clave* que continua hasta hoy alimentando continuidades entre momentos antitéticos, Jorges Asís y el actor Gerardo Romano. En ese destellante cruce que puede verse en internet, Asís, sagaz y complejo polemista, le dice a Romano: “Usted es un transgresor módico”. Los noventa ya nos advertían de las superficialidades de lo que aparecía como su arma más procliv. La sentencia de Asís afirma el fracaso de la transgresión como idioma cultural al

igual que Correas ve fracasar a la muerte como modelo. Para seguir con vida a veces hay que ser sentencioso. Las sentencias sirven, muchas veces son la fase superior del cinismo. Pero el cinismo que rechazamos aparecerá más claro en la próxima década. El cinismo nace como antitética filosófica. Toma su nombre del lugar donde se juntaban filósofos marginales a pulverizar maneras de pensar. Su vínculo geográfico era la plaza del "Perro ágil". Cínico es como se decía perro en la actual Grecia hace más de dosmil quinientos años. Ciudadanos sin destino, ni apetencia política alguna, auguraban una cosmópolis desenfadada. Sostenían su visceral iconoclasia en el andar agudo de sus mentes.

La argumentación, la sentencia y el cinismo aparecían en aquellos tiempos quizá en un Fogwill, que repartía tortasos a troche y moche desde su materialismo sociológico osado y aún genuino. Fogwill canceló una época afirmando que cualquiera podía ser cínico. Estaba pensando que lo que distinguía a la modernidad de lo que viniese era que el cinismo es un materialismo pulverizador que proviene de la obstinación crítica y sistemática. Esa época había terminado porque cualquiera era cínico. Entonces ya no podremos hablar de cinismo. Fogwill no era un transgresor. Era más bien un destructor, un ludita de las maquinarias semánticas de los noventa. Argumentaba con el gesto de quien va destapando ollas de las que ebulen desigualdades materiales y simbólicas de todo tipo. Desmesuras, elitismos, canchereadas y miserias. Quienes intentan copiar ese estilo hoy desconocen que son otros los tiempos públicos y culturales. En los 90 se podía poner al lado de la argumentación el cinismo porque para lo primero se necesitaba conocer y desnudar las nuevas reglas. El argumento es una mezcla entre lo visible y lo que se hace visible después de dicho ese argumento, a posteriori. Porque argumentar es demostrar sin las pruebas en mano. El que escucha un argumento siempre tiene que confiar en algo mágico que lo lleva a aceptar ese argumento. A la larga quizá dirá "tenías razón".

En "Cuadros", que aparece en la revista *El ojo mocho* en 1997, donde Fogwill desarrolla oleos biográficos de varios de sus compañeros de generación -sociólogos germanistas con destino marxista-, la ética se presenta como un modo de ser obvio. Alguna vez había dicho "Yo no soy moral, soy ético", en lo que parece una defensa de la acción subjetiva irremediable y estoica por sobre las coyunturas más o menos religiosas y bienpensantes. Los textos escritos en los 90 y que le sobreviven se distinguen por esa construcción nostálgica de la idea de ética: de la conversación, de la verdad, de la fuerza, del materialismo, de la picaresca. Fogwill en "Cuadros" tiene nostalgias precisas. La nostalgia aparece como un tema central, es un tema social/histórico. La melancolía, en cambio, es un tema moral, imperativo, fantástico. La argumentación aparece en los 90 cuando proviene de la ética de agregar destruyendo. En los 90 hay un armamento esmerilado. La diferencia de los 90 con todo lo demás es que no hay armas. Porque las armas, dice Fogwill hacia el final del texto, "son espacios de poder invulnerables a las estrategias discursivas y proceden en intervalos que no dan tiempo para crear problemas".

Son todos estos nombres, textos y conceptos algunos de los planos en donde aparecía una distinción con la frialdad cultural y política de los noventa. Tiempos de artificialidad y acartonamiento por izquierda y por derecha. La pregunta es cuándo el menemismo deja de ser hegemónico. Para decirlo mejor: cuándo empieza la sangría cultural del menemismo que aún continúa. De qué manera empezamos a traducir pasajes de esa defensa destructora de una ética del sostén de la historia a una afirmación. ¿Cuál es el último texto de los 90? Seremos previsibles con la fecha. Pero en vez de uno son dos. Hacia 1999 la editorial Colihue, en su colección "Puñaladas", dirigida por Horacio González, edita *Restos pampeanos*, del propio González, y *Mil novecientos cuatro*, de Javier Trímboli. Cierran los 90 pero también epilogan un siglo. En el primero se sostiene una idea que aquí tomamos como propia: "la pampa es un conjunto de escritos". Se dice pampa a la nación, a la materialidad del territorio. Se escribe el libro para conformar un

sistema de lectura a través de la diversidad del ensayo nacional y con las miras puestas en distinguir la constelación libresca que organizó a la argentina en el siglo XX. A la vez es una evocación al mito político como aliciente del conflicto. En ese llamado radica la particularidad del libro. Aquellos años, proclives a las desmitificaciones larvadas del economicismo se agotan, se combaten, si una vez más se revuelve el argot material de las discusiones argentinas. A la vez, en *Mil novecientos cuatro*, texto mucho más pesimista que el de González, se advierte de un fondo. De un final sin evocación, ni potencia, ni empuje: “Los paraísos helados de la técnica, además, parecen construirse de la mejor manera gracias al mercado y a intervenciones oscilantes de los Estados. Nada más. No necesitan de sujetos. Por esta deriva nos deslizamos hacia el nihilismo, sino estamos instalados ya plenamente en él”. El libro era la evocación del viaje de Bialek Masse, en 1904, al norte de la argentina para caracterizar las condiciones laborales. A fines de siglo Trímboli emula ese viaje y se torna amargo el diagnóstico: a principios del siglo XX se nota miseria pero también la voz estruendosa de la protesta y la colectividad. A fin de ese siglo se nota miseria.

Vale traer a cuenta la palabra aguante, que aparecía reiterada en esos años. Opera como articulación entre dos épocas. El aguante era: formas de resistencia organizada a la impunidad del terror militar de los 70; ensueños latinoamericanistas enclavados en el zapatismo, aliento que tiene aún hoy sus matices; un programa de televisión sobre hinchadas de fútbol; jóvenes proclives a desbocarse viendo rock nacional; un disco de Charly García. Hay algo del aguante que mantenía los hilos culturales. El valor de esa palabra radica en que se aguantaba esperando el desgajamiento de aquellos terribles tiempos de decrepitud social. Darse tiempo para imaginar cierto futuro social un poco más organizado. “En los nervios de los chicos, veo más información sobre el futuro que en muchos de nosotros” decía el Indio Solari en 1997 refiriéndose al fenómeno de masas que hacía singular a su propia banda de rock. Nervios es reacción. La palabra aguante sirvió pero no alcanzó. Lo que le molesta a Beatriz Sarlo de la literatura de Juan Diego Incardona es justamente el elogio al aguante como actitud cultural. Pero no dice nada acerca de por qué eso está mal en términos políticos. Abreva que la literatura debe alejarse para decir mejor las cosas. Puede ser. Pero desdeña sin argumentos que le concedamos al aguante el cuidado de los últimos tesoros comunitarios que le quedaban a este país. El problema de Incardona no es ese. Es positivo que rescate la idea de lazo en el aguante barrial. Sarlo preserva a Saer, pero el aguante preservaba la idea de nación. El problema es que muchas veces Incardona exagera sacramentalmente las virtudes culturales de un peronismo que se convierte en liturgia estanca. Algo parecido pasa con un libro muy celebrado en su momento, *Escolástica peronista*, de Carlos Godoy. Ese libro hoy es reeditado en un acto de invocación sin actualidad. Ese libro servía a principios de los 2000, cuando salió, porque por lo menos ponía al peronismo en un lugar de la paradoja. Pero, como Incardona, desde lo cultural/doméstico, sin controversia política. El 2001 tuvo mucho de aguante. Fue un hacer ruido y desencarnamiento. Desfonde. Ese fondo en 2001 colapsó y ni siquiera estaba la resistencia. Algo ya no aguantó. Los 90 se sostuvieron hasta que nos dimos cuenta que la política es proposición, argumento, hechos, soluciones, dramas prominentes, frentismo, solidaridad, plazas. Algunos habían logrado mantener llamas políticas y culturales, los repasamos más arriba. De ese valor de época se constituyó otra que la pasó por encima.

Empieza nuestra valoración política de este tiempo con una palabra que proviene de aquel: resistencia. Alejandro Rubio dice en una entrevista que le hacen en la revista *Planta* (ya hemos resaltado la función crítica de este espacio en las páginas de esta revista. Pero lo reiteramos: su rol disruptivo en la escena crítica argentina fue central): “La política no es cambiar la vida sin tomar el poder; no es generar organismos de resistencia al neoliberalismo (...) La resistencia no sirve para nada. Lo que hay que hacer es avanzar,

no resistir". Estas palabras, dichas en 2007, son el salto adelante de la materialidad de la resistencia ya perimida a la concreción de políticas públicas que van amparando a la sociedad argentina bajo el nombre de kirchnerismo. Tenemos esta escena (la de Rubio diciendo esto) como eje, torsión y coda.

Ordenemos: hubo valor crítico para reconocer el fin de varias nociones (por ejemplo la noción de muerte). Hubo modos de sentencias sagaces que intentan advertir, despertar o destruir. También hubo éticas cínicas en el momento en que se las requirió. Hubo resistencias más o menos atomizadas que sostuvieron lenguajes necesarios y memorias activas. Hubo aguantes. Hubo salto sin red entre piquetes y cacerolas. Hubo un Estado apollillado. La diferencia de este tiempo con lo que nombramos como "los 90" es que hoy es el momento de la afirmación pública sin más.

La lateralidad forma parte de la familia de palabras asociadas al cinismo y al valor argumentativo por fuera del pensamiento medio. A la vez es la antítesis de la centralidad de la política y la movilización social. La lateralidad hoy no parece tener ningún peso en la escena pública. Si los noventa tuvieron su lado rescatable en lo que se le escapó al poder central y al Estado, hoy día, pertenezcamos o no al Estado, las discusiones se organizan con éste como partícipe fundamental. En los márgenes hoy están un conjunto de voces juveniles más o menos entusiasmadas con la tecnología que no son ni cínicos, ni fundamentalistas, ni sarcásticos, ni sentenciosos. Son ironistas. Gramsci, de una actualidad fundamental en la generación de valor crítico afirmativo, desdeñaba al ironista por considerarlo desapasionado, poco responsable para la construcción del nuevo mundo cultural y portador de un escepticismo diletante. Acá los tenemos cerca. El sector irónico argentino se identifica en la trinidad que conforman el desgano, la acumulación de horas frente a la pantalla de algún dispositivo electrónico y la nostalgia con respecto a tiempos tan promiscuos como decadentes. Son relativistas desencantados con una época que valora.

¿Un ejemplo? Hernán Vanoli supone que un proceso social y político se puede condensar en la producción de una galletita, que sería la tentación media del argentino falseado por una época meramente embaucadora. (Ver: <http://www.revistacrisis.com.ar/soy-el-cuerpo-de-Cristo-amen.html> o el número 11 de la revista Crisis). Las galletitas fueron, hace unos meses, el objeto de estudio del sociólogo Vanoli. El desarrollo del texto pone a la propia galletita como relatora de sus peripecias en la escena comercial argentina. La hace hablar, intenta un soliloquio político dicho por ese alimento. Y lo obvio: *también* la galletita y su fenómeno provienen de las redes sociales y el boca en boca de la juventud apoltronada frente al monitor de algo. Además, sumaría al relato advertir que aunque la historia de su producción proviene de la burguesía nacional y que los ingredientes son puramente argentinos, actualmente la galletita es producida en Mar del Plata por una multinacional alimenticia. Lo desdeñable de esta mirada es que un problema estructural de la economía argentina (la permanencia de acumulación de capital extranjero en momentos en que se discute la soberanía económica) es leído como otro episodio patético más de la clase media consumista. Remata el ventrílocuo Vanoli: "Somos más que una nación, somos una mitología cotidiana". Porque entiende por mitología cotidiana a los deseosos partícipes "del capitalismo de las sensaciones". Las prácticas sociales, los consumos culturales y los prototipos conceptuales de algunos íconos del "relato": la sustitución de importaciones, la teología política y la supuesta estupidez de las manifestaciones populares. Este cambalache lograría una desaprobación en cualquier examen de Metodología. No se puede comparar todo con todo. O mejor: este ironismo cree que sí y que está para eso. Supone que despierta conciencias enmarañadas y coptadas por el tiempo político que les toca. Pero lo que hace es jactarse inconcientemente de pertenecer al sector que hace de la novedad o la rareza una liturgia: todo es .tumblr. o proviene de una aplicación de tal, o de una palabra mal escrita en una

conversación de freelancer por su WhatsApp en el trayecto del colectivo 152. Se regocijan por tener los dedos entumecidos de tanto tuiteo, dos paquetes de galletitas que empalaguen, un aparato con quien interactuar en lenguaje canchero y alguna foto digital a partir de la cual comentar el estado de nuestras mentes podridas. Se regocijan en la miseria y el patetismo que ellos mismos suponen iluminar. El miedo de Vanoli es permanecer en esta feligresía desencantada, entonces escribe esto para ejercitar intentos de redención. Pero reincide.

Hay que enfatizar el valor imaginario, religioso, de estas ironías pueriles. Su jactancia intenta justificar el rol lateral de la ironía sin darse cuenta que lo lateral también muta cuando muta lo central. Esto es: las discusiones generales de esta época requieren, en todo caso, de lateralidades muy distintas, asociadas a insertar temas a la discusión general para tensar creativamente con el Estado. Es incomparable esta lengua irónica muerta con las grandes tradiciones de un cinismo que operaba con énfasis contracultural ante aquellos noventa estáticos. No hay tesoro en el desencanto etnográfico-apolítico de estos ironistas. No hay nada más conservador, hoy, que decirse cínico.

Estas incongruencias irónicas contemporáneas nos sirven por lo menos para afirmar otros contrastes mucho más agudos y consustanciados con las complejidades del presente. Es el caso del reciente *Intercambio sobre una organización*, de Violeta Kesselman, libro central.

Estamos ante un libro central porque advierte que la literatura, en todo caso, atiende sobre los problemas concretos de la realidad. Y entiende que el realismo no es contar esa realidad, sino advertir de su potencia. Condicionarla. Hablarle en paralelo con la certeza de lo acontecido. Ir atrás de una época para no ser un cínico subestimador de sus alcances. Estamos ante un texto de y para la militancia porque habilita la ambigüedad que incluye la patria de la felicidad tanto como el berrinche administrativo (peligro burocrático) de toda instancia organizativa. Sin ese dilema, que a la vez que da fuerza, alerta sobre las necesarias torsiones de la praxis, no habría militancia sino exitismo.

Estamos ante un libro sobre la reminiscencia. Sobre los modos en que se iluminan nuestros pasados aventureros por los vericuetos de la praxis política hasta recaer en un proceso que en sí mismo nos excede y moviliza. Hay una maestra devenida empleada del Ministerio de Educación que afirma la sentencia central “no es cierto, lo contrario del voluntarismo no es el destino”; hay la bombilla de un grupo de cooperativistas hacedores de libretitas que ya tiene más gusto a mate que la propia yerba; hay “escoria lingüística acumulada” en las cabezas de los incipientes sindicalistas; hay sistemas políticos llamados “fríos” que garantizan calidez. El libro se puede pensar como propio de esos años iniciáticos que van de 2003 a 2010 en donde la historia parecía compartimentos estancos y fuentes inagotables de creatividad política incapaces de definir nuevos órdenes de la cuestión común. Es un libro que se escribe sobre los estragos que causa las roturas de los lazos sociales pos 2001. Pero se espera. Porque a la vez que se demuestran estas escenas dramáticas, patéticas y simpáticas de la militancia, se va tejiendo por debajo la malla que termina en los modos actuales de participación. El periodo que narra Kesselman en sus relatos aparece como época que empieza con las reparaciones particulares urgentes, el acceso masivo al trabajo y los coletazos del duhaldismo que a esta altura todos reconocemos vetustos, y termina con la conformación colectiva que hoy vemos organizarse tensamente en torno al mito de, justamente, el periodo 2003/2010. El libro de Kesselman atraviesa ese momento para mostrar contraste fáctico con el ahora. Escribe esa contradicción y la devuelve multiplicada en prosas políticas eyectadas por el entusiasmo que supone todo lo que hay por hacer, decir y discutir articulando con el Estado. Articulación es diálogo, tensión, contraste, dinámica, solidaridad y lazo. Este tiempo es este porque las vocaciones militantes están amparadas. Estamos ante un libro sobre y en el kirchnerismo porque escribe con cautela y terquedad dilemas para seguir ensanchando el amparo de la política como modo único de la justicia.

La voluntad siempre es subjetiva, privada. Pero se realiza con otros. Peleamos, coincidimos, nos fastidiamos. Pero siempre con los demás. Ese tesoro social lo cuidan, por caso, las vidas signadas por la militancia política. Organizamos estas palabras apelando a esos intercambios.

El valor como voluntad afirmativa es defendido aquí con una valoración, por caso, de la militancia. La militancia es un modo de la renuncia. Militar es rechazar libras de sujeto y en ese gesto piadoso se juega mucho de lo humano. Quienes logran signar su vida por el ruedo político como actuación propositiva en el presente merecen, por lo menos, profundo reconocimiento. A la vez insistimos en defender a la política como gesto heterodoxo y creativo. Muchas veces militancia y heterodoxia parecen antónimos. Probablemente no. Quizá ya exista ese diálogo y debemos atizarlo. A la vez escribir es un modo de memoria de todos estos dilemas. Es difícil vivir con otros, pero no hay otra forma de vivir. Se escribe sobre política teniendo al pasado reciente como raíz para determinar cuál es la especificidad del presente. Estamos en otra época. Leemos para darnos cuenta de la época en la que no estamos. Hacemos política para negar el presente. Renunciamos al presente aunque todo empiece y termine en él. Sin esa paradoja no habría historia.